

ROSA

Apoyaba, aparentemente relajada, las palmas de las manos sobre los muslos. Contemplaba cómo el día ya se había llenado de sí mismo a esa hora de la mañana. Cuatro o cinco niños correteaban delante de su visión, alrededor de algo que antes había sido un columpio. Estaba a punto de comenzar a hacer calor, aunque todavía la sombra bajo la que se cobijaba le libraba de la tarea de quitarse la fina chaqueta negra que llevaba puesta.

Hacía ya una semana, cómo es el tiempo, que había dejado de trabajar definitivamente. Se había jubilado. Conserje en un instituto de Madrid, tenía su residencia, su casa, en el propio centro escolar. Era un sótano que contaba con

tan solo tres ventanas que daban al patio trasero del instituto, o más bien a su suelo. Dormitorio, pequeña cocina, pequeño salón y modesto baño; nunca llegó a plantearse vivir en otro lugar. Eso de desplazarse hacia el trabajo había sido una actividad totalmente desconocida para ella. Treinta y cinco años se había despertado a las 07:15, había hecho el café, se había duchado, había desayunado y a golpe de tres pasos y de cruzar el umbral desde su casa a una garita había llegado a su puesto de trabajo puntual, a las 08:00. Luego, las voces y el escándalo de los alumnos; ruidos que habían ido suponiendo un verdadero martirio, difícil de sortear, desde los diez o quince últimos años de trabajo.

Pero ya todo eso había acabado. Ahora, sentada en un parque, a las 9:45 de un julio cualquiera, con un mantel de ganchillo a medio terminar sobre su regazo, intentaba disfrutar del rumor de la vida, de un silencio velado por los sonidos de una vida ya tranquila, exenta de horarios fijos. Pero no lo lograba. No lo lograba. Se repetía a sí misma que ya lo había conseguido, había escapado de la rutina feroz, de aquellas voces que no callaban nunca. Y, sin embargo, tenía la convicción de que si seguía tal y como había es-

tado esa primera semana libre, se volvería loca de tristeza.

Por lo menos aquella noche tenía un motivo para arreglarse y salir a la calle. Sus compañeros, conserjes y profesores, le habían preparado una cena y luego, quién sabe, lo mismo llegarían a tomar algo, *¡unos cuba libres o unos tequilas, Rosita!*, por ahí.

Definitivamente ya había empezado a hacer calor. Con cierto ademán resignado, se quitó la chaquetilla negra, dejando al descubierto una camiseta de un rojo intenso que ensalzaba sus grandes pechos. Guardó la labor en una bolsa azul de plástico opaco y pensó que quizá no corría tanta prisa el mantel para Susana, su hija. Al fin y al cabo, hacía cinco meses que no venía a Madrid, aunque solo fuera para que viera al nieto nuevo y único que tenía... es verdad que la pobre Susi no tenía fácil lo de cogerse días libres en el trabajo, y más cuando Roberto, su marido, no paraba en casa, ya que era transportista.

Decidió ir yendo de vuelta hacia casa. De camino compró algo para la comida; algo ligerito, que por la noche tenía la cena. Llegó al instituto, a su casa, y un no sé qué vuelco le azotó tan súbitamente en el pecho que a punto estuvo de

derrumbarse en lágrimas frente a la ya conocida verja verde, que antes era roja, y también, hacía muchos años ya, negra.

Se echó una siesta larga y perturbadora. Al despertarse, se incorporó y apoyó la espalda en el cabecero. Permaneció casi media hora así, sentada con las piernas estiradas, sudando por todas las partes del cuerpo, tanto que hasta su cabello fosco teñido de un rubio platino, caía lacio y apagado a ambos lados de su cara.

A las siete y media se obligó a prepararse para la cena. Solo ella sabe el esfuerzo que supuso la acción de ducharse, la energía que tuvo que emplear poniéndose el vestido negro de la boda de su hermana, ahora un poco demasiado apretado, el arroyo que tuvo que demostrar consigo misma para alcanzar el objetivo de salir de casa y no quedarse tendida en su sótano viendo la tele.

Pero lo consiguió y llegó elegantemente diez minutos tarde. Allí la esperaban todos con una alegría que sobrepasaba la que a ella le hubiera gustado encontrar. Cenaron a lo grande, grandes gambas, grandes raciones de jamón ibérico, grandes solomillos acompañados de patatas y pimientos gallegos, *de tu tierra, ¿eh Rosita?* Y

bebieron en abundancia, cerveza, vino blanco, vino tinto y licores. Era una ocasión especial, así lo dictaba la costumbre, *no todos los días se jubila uno*.

Al final de la cena, antes de levantarse de la mesa para abandonar el restaurante, Rosa dedicó unas palabras a sus compañeros; varias frases coherentes compuestas de palabras en nebuloso estado etílico que suscitaron el suspiro y la lágrima de casi todos, dando paso después a una gran ovación. Quizá el estado que mejor definiría el humor de Rosa en aquellos momentos era el de la sorpresa. Se lo estaba pasando tan bien... tenía grandes compañeros, algunos de los cuales eran también amigos. Se sentía tan querida.

De la sorpresa pasó a la emoción y a la alegría. Todo parecía encajar en el espacio y en el tiempo que su cuerpo habitaba. Los bares de copas se le antojaron íntimamente ligados con la ocasión que celebraban; lugares donde gobernaba la ociosidad, el estado por antonomasia de la jubilación. ¿Por qué no disfrutaremos el ocio de cada día de la misma manera a como lo hacemos muchas veces en los bares? Sería insostenible, nuestro cuerpo no soportaría tanta euforia: lamentablemente, los seres vivos parecen estar

determinados por las leyes del equilibrio, tan característico en la naturaleza.

Pasadas las dos de la mañana, los pocos que quedaban de la cena, Rosa y dos más, se despidieron efusivamente, tal y como había sucedido a lo largo de toda la noche transcurrida. Rosa cogió un taxi y decidió bajarse antes de llegar al instituto; daría un paseo.

Llegó al parque donde había estado haciendo ganchillo y se sentó en el mismo banco, las palmas apoyadas en los muslos; solo que ahora su tronco no paraba de balancearse de un lado a otro. ¿El equilibrio?

No fue su intención hacer balance, ni sopesar de manera trascendental los sentimientos que la ahogaban y los que le hacían respirar, pero así fue. Su mente, con ritmo viscoso pero decidido, fondeó su estado actual, su futuro y, sobre todo, su pasado más remoto. En cuestión de segundos, sintió el calor de una mañana de verano en el patio de la casa de sus abuelos y se volvió a sentar en uno de los escalones calentados por el sol. Delante de ella, un jardinero que había ido a podar el gran árbol del jardín le enseñaba cómo atarse los cordones de las zapatillas y ella lo aprehendía de una manera fluida y eficaz, y

se reía delante de ese extraño que le enseñó algo que iba a volver a hacer tantas veces en su vida.

Y entonces, su cuerpo se hinchó de certeza. Cruzó sus dos manos y aguzó el oído para escuchar el grito apretado de las chicharras de aquella noche. Sonrió como hacía tiempo que no lo hacía: por fin se había jubilado, podría cambiarse de casa; ir, quizá, donde vivía su hija, hacer, quizá, viajes fuera de España, visitar, quién sabe, a su prima en Pontevedra. Hacer las paces de una vez por todas.

## SIMBIOSIS

De un tiempo a esta parte, se había ido abriendo paso en él otra forma de ser, una nueva manera de existir. De las muchas que había ido conociendo en sí mismo a lo largo de su vida, esta se presentaba como la más oscura, la más solitaria, la óptima para la reflexión ininterrumpida durante la totalidad de las horas que estaba despierto. Todavía no estaba deprimido ni sufría, por fortuna, ninguna enfermedad mental, pero Darío necesitaba algo más allá de los muchos consejos y recomendaciones que se daba a sí mismo día a día, noche a noche. Y lo encontró.

No se sabe bien cómo, pero lo cierto es que todo comenzó una mañana cuando estaba desayunando. Días atrás, sus ojos habían albergado ya una

oscuridad leve pero fija en la mirada hacia el mundo, aunque él no sabía nada de esto. Lo que sí había notado era que cada vez que tenía que hacer algo, como arrancar el coche e ir a trabajar, sentía que todas sus fuerzas le abandonaban de manera irremediable. Pero siempre lograba tranquilizarse rápidamente al reparar en el tiempo, nublado, como un manto grisáceo que acolchaba todo: árboles, edificios, personas. Febrero siempre le había parecido un mes difícil de sobrellevar, por lo que la sensación de abandono que nacía desde muy dentro de él encontraba rápida respuesta y justificación racional; una causa, al fin y al cabo.

Fue en la segunda o la tercera galleta, que no pudo ser mojada en el café. Su mano se mantenía alzada con la dulce oblea de trigo. Sin darse cuenta concibió una idea, elaboró una conclusión: debía adaptarse a su medio, conciliarse con el mundo para poder funcionar en él, antes de que lo consumiera. Se instaló en su cabeza la idea de la imitación, el camuflaje. Copiar todo lo que le rodeaba; emular, reproducir. Y comenzó a observar qué era aquello que tenía alrededor. La mesa, la taza, el grifo, la ventana, la nevera, la cucharilla, el felpudo, las llaves, los zapatos. Todo tenía algo en común: la quietud.

Así, pues, se quedó en la misma postura quizá una hora entera. Pero cuando los calambres que empezó a sentir en el brazo se hicieron insoportables, bajó con un movimiento continuo casi imperceptible el brazo que sostenía la mano que sostenía la galleta. Con el antebrazo posado en la mesa, la figura estática de su cuerpo volvió a ser posible en el nuevo mundo que acababa de descubrir. Se sentía feliz de poder fundir su existencia con todos aquellos objetos que le circundaban. Sus pulmones absorbían el aire con la vivacidad de los amaneceres.

No fue al trabajo. Permaneció horas en la cocina, mimetizándose, reproduciendo imperceptible pero activamente cuanto veía. Llegó a sentir en la piel, sentado en la silla desde donde observaba todo, la grasa pegada a la sartén que descansaba en la pila; con un movimiento certero y parsimonioso de la punta de su lengua en los dientes superiores se convirtió en el filo del cuchillo de la encimera. Mudó el gesto hasta fundirse con la nevera. Cuando tuvo necesidad de ir al baño, logró desplazarse hasta el retrete con tal profesional lentitud, que en el trayecto se pudo también solapar con el mismo suelo; su gesto se acható como si fuera una prolongación

de la superficie que iba pisando. Sentado en el váter, toda su piel supo ser como la de los azulejos, dureza y frialdad. Su garganta se ensanchó para imitar la concavidad del lavabo.

Ya en el sofá, logró acolchar sus músculos, ensanchar las pupilas. Su piel, tapizada, grapada como la tela firme que cubría el asiento, asistía a otro espectáculo: el salón, el dormitorio. Hinchido de vitalidad, pudo seguir mimetizándose con cada cosa, cada rincón. Inhalar y exhalar el aire emulando ser el aire mismo que lo envolvía; apretar la lengua contra el paladar en una íntima incursión con la madera de la estantería; pestañear lentamente para llegar a ser las pelusas de polvo que se acumulaban en los rincones; mordearse de forma suave y constante la lengua para ser alfombra.

Después de fundirse con todo, exhausto, sintió que estaba, por fin, completamente vacío. No procesaba ya lo que veía, sentía apenas su cuerpo, todos los ruidos y sonidos se iban extinguiendo, los conceptos que había ido acumulando a lo largo de su vida iban fundiéndose en una masa informe que, a su vez, iba menguando hasta desaparecer. Feliz, cerró los ojos y comenzó a dormir profundamente.

\*\*\*

Se despertó doce horas más tarde. Durmiendo, su cuerpo se había tumbado de manera instintiva. Fue recobrando poco a poco la conciencia de lo sucedido; esbozó una sonrisa. Se incorporó disimuladamente, intentando mantener el equilibrio que tan heroicamente había llegado a alcanzar el día anterior. Se dio cuenta enseguida de que todo lo que le rodeaba había sido ya procesado por su cuerpo. Seguía pura e irremisiblemente vacío.

A través de la ventana entraba una luz que invitaba a asomarse. Una amplia gama de blancos se mezclaban en haces homogéneos desde el exterior hasta su salón. Se incorporó y avanzó con paso lento hasta llegar al mismo centro de la ventana. Todo en la calle se había paralizado, se hallaba arropado por el manto eléctrico previo a la caída de gruesos copos de nieve; el extático estertor de la naturaleza en plena transformación.

Detectó una figura humana. Era una mujer, en medio de la acera, y completamente sola en la calle. Quieta, en espera de algo que no parecía que fuese a llegar. Darío se sintió intensamente atraído por su figura, por lo que se calzó y salió

a la calle deprisa, muy deprisa, con la velocidad acumulada del día anterior.

Jadeante, observaba desde un lado a la mujer; una anciana con abrigo largo gris oscuro y un bolso del mismo color. Darío se dio cuenta en seguida de que la anciana sí se movía, se estaba dirigiendo hacia algún lugar, pero que, debido al ritmo tan extremadamente lento con el que lo hacía, parecía estar parada, quieta a cada instante. Como la aparición de un brote verde en una rama, como el crecimiento invisible de un tallo; así era el frágil y tenaz desarrollo de sus pasos.

Arrebatado de admiración, avanzó cuidadosamente hasta llegar a la altura de la anciana mujer. Esta no se sorprendió al reparar en él, por el contrario, le sonrió tan dulce y ampliamente que Darío no pudo por menos que esbozar un *hola*; palabras que fueron respondidas con una breve inclinación de la cabeza, a modo de consentimiento.

Tras avanzar aproximadamente un metro, después de una hora, comenzaron a caer orondos copos del cielo, que no tardaron en cubrir todo cuanto había en la calle. Darío y la mujer siguieron su curso. Un rato después, ambos es-

taban completamente cubiertos de nieve; camuflados en su entorno.

Cualquiera hubiera afirmado que la calle estaba desierta.

Poco a poco, podía sentir cómo aquel vacío, recientemente descubierto, iba llenándose, colmándose lenta e inexorablemente bajo esa quietud augusta, en armónica compañía de otro ser humano.



## HECHOS REALES

*Por Ricardo*

El cielo era de un azul límpido, decorado con nubes planas que lo recorrían haciendo líneas paralelas unas veces; otras, formando nubes larguísimas, ensambladas en el aire, como un juego. Ricardo salió a la calle cogido de la mano de su madre, listo para acompañarla a hacer la compra aquella mañana de sábado, sin colegio ni prisas; feliz también de que hubiese parado por fin de llover.

Su madre estaba contenta. Movía ligeramente las caderas, lo cual provocaba que las manos entrelazadas de ambos se meciesen con un ligero bamboleo que les causaba un placer del que no eran conscientes. Recorrían las calles, sonreían

a la gente, a los perros, señalaban las flores que asomaban por encima de las macetas de los balcones que iban dejando atrás...

Ese día ambos presenciaron una escena inverosímil y, sin embargo, verdadera. Tan verdadera como que antes de ocurrir todo aquello, la madre había comprado tres kilos de naranjas y la frutera les dio un albaricoque a cada uno. Tan verdadera como estas letras, quizá.

Fue ya regresando a casa, cuando... pero, pa-remos. Esta historia, que de verdad ocurrió, es mejor que la cuente alguien que la presenciase. Ha de contarla Ricardo, al cual, qué grata casualidad, le había mandado su maestro que escribiera algo interesante que hubiera vivido aquel fin de semana. Lo transcribo tal y como él lo escribió para clase. (Las faltas de ortografía y algunos errores de expresión sí han sido corregidos).

*HECHOS REALES. Por Ricardo.*

*(He puesto este título porque todo lo que voy a contar es real, no voy a inventarme nada.)*

*El sábado por la mañana acompañé a mi madre a comprar fruta. No me apetecía ha-*

*cer los deberes, ni jugar a nada, así que me fui con ella. Además, ya no llovía y me encanta cómo huele cuando para de llover. Por el camino vimos varios perros muy bonitos, sobre todo uno de ellos, que se parecía a un dragón de una peli.*

*En la frutería no tuvimos que esperar mucho para que nos atendieran. La frutera es muy simpática y siempre que vamos nos regala algo de fruta. Esta vez nos dio un melocotón pequeño (tiene otro nombre pero no me acuerdo). Yo quería que nos diese cerezas, pero lo otro estaba muy bueno.*

*Teníamos que volver rápido a casa, porque habíamos quedado con mis tíos y mi primo para comer, pero había mucha más gente que antes y andábamos despacio. Me acuerdo de que mi madre empezó a apretarme más fuerte la mano. Siempre le pasa cuando se pone nerviosa, pero ella no se da cuenta y me encanta no decírselo y aguantar. Hubo un momento en que se formó un tapón, porque había gente mirando un escaparate y también había un señor en silla de ruedas que iba despacito y una mujer recogía la caca que había hecho su perro,*

y todo en el mismo trozo de acera. Cuando salimos de ese lío de gente, un poco más adelante había una mujer que miraba hacia el cielo. Me fijé en sus dedos, porque se le estaban poniendo blancos, de lo mucho que debía pesar la bolsa que llevaba. No paraba de mirar hacia arriba y como vi que sus ojos empezaban a abrirse y su boca también, pensé que lo que estaba viendo debía ser algo guay, así que yo también miré.

Paré a mi madre, para poder ver bien lo que esa señora estaba viendo. No le importó, porque justo se quedó viendo algo de una tienda. Y además, dejó de apretarme la mano. Miré hacia donde miraba la señora. Arriba en el cielo había un señor, de pie sobre una plataforma pequeñita de una grúa. La verdad es que estaba muy alto.

Enseguida empecé a oír que el señor estaba gritando. Le dije a mi madre que mirara y miró, y empezó a tener la misma cara que la señora de la bolsa. No se entendía muy bien lo que decía el señor (pero era un chico segurísimo) y le pregunté a mi madre si ella lo escuchaba. La verdad es que ni me miró. Algo así como "Cobardes. Yo sí puedo."

No podía dejar de mirar el dedo de la mujer; estaba quedándose cada vez más blanco. Mi madre me apretó el pecho, como cuando me caí y me rompí la pierna en tres cachos (a mis padres por poco los mato del susto, a mí la verdad es que no me dolió tanto, al principio, porque luego sí dolía, y mucho). No sé por qué me apretaba tanto mi madre, si no me había pasado nada.

Cada vez había más gente, todos mirando hacia el señor, que no paraba de gritar. Decía muchas palabrotas, alguna no las había oído nunca (no las voy a escribir aquí, por si me regañan...). Creo que por eso mi madre me espachurraba contra ella.

¡Todo el mundo tenía la boca y los ojos muy abiertos! Había también mucha gente llamando por teléfono y gritándose a veces entre ellos. Y ya me empecé a asustar, la verdad.

El señor paró de gritar. Me fijé de nuevo en la señora del dedo. Ya no lo tenía blanco, porque la bolsa estaba en el suelo y tenía las manos tapándose la boca. La verdad es que me dio pena, porque se veía claramente que lo estaba pasando mal. De repente,

todo el mundo se calló, había mucho silencio. Y por eso oímos todo lo que dijo el señor desde tan alto. Fue como cuando en clase todos estamos hablando y de repente nos callamos y si alguien dice algo a su compañero de al lado, aunque sea muy bajito, le oye todo el mundo. Me acuerdo perfectamente, y mi madre también. Dijo "A volar". Y se lanzó al vacío.

A partir de aquí me acuerdo peor de todo, porque pasaron muchas cosas, muy deprisa. Todo el mundo gritó a la vez. Quería ver lo que estaba pasando, pero mi madre me tapó con su cuerpo y hasta que conseguí sacar la cabeza pasó un rato.

Cuando por fin vi, ¡fue increíble! ¡El señor estaba volando por el cielo!, hacía piruetas como si fuera un astronauta a cámara lenta, o como un súper héroe que está haciendo una demostración a la gente. Entonces creo que yo también estaba con la boca abierta.

Mi madre se había separado de mí, intentaba calmar a la mujer de la bolsa, que no paraba de gritar y llorar, quizá de emoción. Estaba lleno de policías y de ambulancias, por el susto que tenía la gente. Claro, es

que ver volar a alguien te deja de piedra. Yo mismo no podía moverme, miraba a mi madre, que también me miraba todo el rato, y miraba hacia el cielo, donde veía al señor pasárselo de lo lindo. Quise decirle a mi madre que mirase hacia arriba, pero creo que estaba tan emocionado, que no me salió ninguna palabra.

Hay una cosa que todavía no acabo de entender y es por qué nadie siguió mirando hacia el cielo. La gente, o bien se fue deprisa de allí, o bien se apelo-tonó alrededor de algo que había un poco lejos de donde estábamos. La policía le echaba la bronca a la gente por estar allí.

Yo saludé al señor, a ver si me respondía, ¡y me respondió! Sonrió mucho, hizo muchas piruetas muy chulas y al final, me volvió a saludar y se alejó de allí, como un pájaro enorme.

Para terminar, diré que ha sido lo más increíble que he visto nunca. Seguramente no me creáis, pero os juro que es verdad. Y si no, preguntad a mi madre.

## EL DESHIELO

Tumbado en el sofá, en mi salón, la hora de la siesta.

Encima de la mesita, un vaso de agua con grandes hielos. Apoyo la cabeza en mi mano derecha; bajo ella, un mullido cojín raído. Mis ojos se entornan. La calma va apoderándose de mis músculos. Comienzo a sentir mis huesos, se aplastan, comienzan a desaparecer.

*Una barca aparece quieta, levemente mecida por el movimiento del agua del río, junto a una orilla, de altos e intrincados juncos. Abro ligeramente los ojos, allí sigue el vaso, desde el que oigo un leve tintineo. Reina una luz cálida, haces de un sol de atardecer, o quizá amanecer, atraviesan la escena en extático candor. Un viento suave mece*

los juncos. Vuelvo a escuchar otro tintineo proveniente del vaso, mis ojos tratan de enfocar el objeto, investigan el origen del sonido; los hielos están en proceso de descongelación.

*Más allá de los juncos, hay un bosque de sombra fresca, a través del cual el viento avanza velozmente por entre el ramaje de los árboles que lo pueblan. La barca otra vez; el espumoso amarillo de la luz en armoniosa conjunción con la madera de la que está hecha. Parece que la modesta embarcación pudiera avanzar a lo largo de la ribera; sí, se mueve. Hay un gran lago, cuyo horizonte se atisba.*

Otra vez el tímido entrechocar de los hielos desde el vaso de la mesita de mi salón; el deshielo sigue su curso.

*La barca comienza a atravesar el lago, lo divide en dos dejando una estela a su paso. No se distingue la división entre el cielo abierto y el agua, la pequeña embarcación avanza. Mi mano derecha hormiguea. Esta vez, el sonido desde el vaso es mayor, dos hielos han caído a la vez sobre otro. Millones de seres acuáticos surcan las entrañas del lago; se sienten vivir debajo de su tersa panza. Desde el bosque que he dejado atrás se oye el batir de las alas de varios pájaros a la vez, como un golpe de tambor.*

*La barca llega hasta otra orilla, idéntica a la del punto de partida: los juncos que se mecen, el bosque de detrás, el amarillo que acoge, la madera que empaca. Unos delgados elásticos calambres recorren los dedos de mi mano. Último tintineo, caída definitiva sobre el agua del deshielo. Silencio.*

Silencio absoluto que absorbe todas las imágenes anteriores y.

Todo oscuro.